

## **FILOSOFÍA DE LA LIBERACIÓN Y BARBARIE DEL «OTRO»**

### **CONSIDERACIONES PRELIMINARES**

Nos proponemos reflexionar acerca de la concepción de la «barbarie» y de su correlato, «bárbaro», que ha sido aplicado desde una cierta concepción ontológico-antropológica por parte de la filosofía occidental, del «centro» cultural, desde los orígenes de la filosofía griega hasta sus derivaciones en diversos momentos de la historia del pensamiento.

Analizaremos cómo el concepto de «bárbaro», además de ser una concepción óntico-antropológica, contiene innegables valoraciones éticas e incluso ontológicas, de tal forma que muy a menudo la concepción de la «barbarie» ha sido utilizada como una descalificación personal, ética, política, cultural, racial, etc., por parte de los «civilizados» del «centro» o sus secuaces en la periferia del sistema mundial, dirigida hacia el extraño, el foráneo, el otro. E incluso podremos constatar que frecuentemente estos «civilizados» han sido en realidad unos «bárbaros» para los que ellos denominaban «bárbaros». La analogía —pretendida— del concepto de «bárbaro» que aquí utilizaremos debe tenerse presente, pues estimamos que es posible pensar desde una ironía no cínica. Pensamos que el substrato ético-antropológico de esta ideología de la barbarie es en realidad una constante de la historia de la humanidad en lo que tiene de cainita.

Para todo el que se instala en el «ser», el que cree poseer en propiedad el logos, el sentido del ser y del mundo, la persona o el pueblo que están situados más allá de su propia cosmovisión son el «no-ser», los «nadies», la «barbarie», la «nada». A esta constante de la humanidad la podríamos denominar «constante cainita». Desde aquí, entonces, podremos interpretar no sólo buena parte de la historia de la filosofía occidental, sino incluso la mayor parte de la historia cultural, económica, política, etc., de la humanidad. Para nuestra investigación asumiremos, no acriticamente, la Filosofía de la Liberación latinoamericana, que tiene en Enrique Dussel a su principal impulsor. Éste escribió hace más de veinte años: «como yo mismo expuse en una universidad europea a comienzos

de 1972, lo que pretendemos es, justamente, una “filosofía bárbara”, una filosofía que surja desde el “no-ser” dominador»<sup>1</sup>.

Procuraremos realizar nuestra reflexión con la intencionalidad de superar los moldes estrictamente latinoamericanos de esta fecunda corriente de pensamiento para abrimos a la posibilidad de una formulación de una *Filosofía de la Liberación Mundial*, comprendida como un dejar tomar la palabra a aquellos a los que siempre se les ha negado con el argumento de que «balbucean», de que no tienen, sencillamente, palabra que decir. Nuestro punto de partida es el hombre, la persona real, a la cual se le ha arrebatado su derecho no sólo a hablar sino incluso a vivir. Y ello no en abstracto, sino en tanto que es preciso comprender a la persona como situada en un determinado contexto, que más allá incluso de estar delimitada en un concreto ámbito geográfico (como es el caso de América Latina para la FL, que, por muy vasta que sea —a nivel geográfico, cultural, etc.—, es «estrecha» en relación a todo el resto del género humano) procura abrirse a una consideración ética: el punto de partida de una *Filosofía de la Liberación Mundial* deberá comenzar por asumir la causa del otro como pobre, mejor, como empobrecido: el hambriento, el torturado, el vejado, el oprimido. Procuramos así mostrar que es posible pensar una filosofía de la liberación fuera de la periferia, esto es, desde España en este caso, mostrando que existe también «pensamiento periférico» en el «centro» del sistema mundial, desde el Norte. En nuestra interpretación de la FL como filosofía del derecho del bárbaro sostenemos que lo mejor de ésta es personalista, en tanto que quien es oprimido de hecho, en unas gigantescas proporciones numéricas en nuestro mundo, son personas humanas que necesitan ser liberadas de tan injusta postración. Lo que básicamente aportan los personalistas (como Mounier, Maritain, Ricoeur, pero también Rosenzweig, Ebner, Lévinas y Buber, entre otros) a la FL es la importancia del Otro (en términos levinasianos), esto es, *el Otro que es persona* y que está oprimida, vejada, despojada injustamente de su dignidad. Lo que la FL aporta al personalismo actual es una concreción en la reflexión sobre la persona, que a veces se ha «abstractizado» en exceso, al mismo tiempo que una seria llamada a asumir el compromiso ético, político, económico, etc., de la praxis de liberación, de tal forma que se posibilite la transformación de las condiciones que hacen

1 E. Dussel, 'El método analéctico y la filosofía latinoamericana', VV.AA., *Hacia una filosofía de la liberación latinoamericana*, Bonum, Buenos Aires 1973, p. 137. La expresión de «no-ser» dominador hay que entenderla, y después lo explicaremos mejor, como el «no-ser» que es el «dominado» (en concreto América Latina y el resto del Tercer Mundo) y cómo este dominado «no es» en la perspectiva del dominador. Y en otro lugar indica algo que aquí pretendemos desarrollar nosotros: «La posición contemplativa, más allá de la moral óntica, es el fundamento práctico de la ontología. Esta ontología parmenídica de “el ser es y el no-ser (= barbarie) no es” viene a fundar la conquista de nuevos reinos nacidos “más allá de la ética”: son ámbitos donde no hay moral; es decir, son inmorales por su fundamento»: E. Dussel, *Filosofía Ética de la Liberación*, La Aurora, Buenos Aires 1988, t. III, p. 9 (obra original de 1973).

posible la opresión e injusticia en que viven hoy la mayor parte de las personas del mundo presente.

La posibilidad de tal formulación filosófica aparece justificada por la necesidad de una opción ética: la causa de los sufrientes de la tierra. La filosofía no puede quedarse en la realización de reflexiones abstractas, más o menos esteticistas y formales, sino que se convierte así en una imperatividad ética que debe vincularse a la praxis de liberación de los empobrecidos de la tierra, al mismo tiempo que muestra que la reflexión sobre la praxis ética y la fundamentación del derecho absoluto a la vida de los empobrecidos es *el tema más importante de nuestro tiempo*, pues nunca como hoy las masas humanas famélicas han sido tan numerosas, en un mundo que posee técnicamente la posibilidad de evitar el hambre y multitud de enfermedades que tienen fácil remedio si se posibilitaran unas mínimas condiciones de dignidad humana económica, política, sanitaria, etc. Una filosofía que no tome en consideración semejante realidad de marginalidad, de pobreza y miseria no sería digna de tal nombre, pues derivaría en un ejercicio de ociosos que escriben para ser leídos por otros ociosos, con una incidencia prácticamente nula entre el «pueblo llano» así como en orden a transformar la sociedad teniendo como meta el amor diacónico al Otro.

### 1. ¿Qué significa «ser bárbaro»?

La palabra española «bárbaro» deriva del latín *barbarus* —así como *barbar(ic)us*, que significa «extranjero»—. Para Plauto bárbaro es el «no griego», y por tanto también el «romano». Y es sinónimo de «enemigo», «inculto», «cruel», «salvaje», etc. Este vocablo deriva a su vez del griego βάρβαρος, que significa «extranjero», «no griego», así como «incivil», «rudo», «grosero», «salvaje», etc., como es fácilmente constatable en cualquier diccionario.

Incluso en la Biblia aparece el concepto, que deriva del sánscrito *barbara-s* y que significa en primer lugar «tartamudo», es decir el que «balbucea». Es, por tanto, el que habla de un modo incomprensible, *para los griegos*, esto es, el que no habla griego. Todo pueblo no griego es considerado inferior, bárbaro, incluidos los romanos (Rom 1,14; Col 3,11). Implica un matiz de menosprecio (Sal 114,1; 1 Cor 14,11; Act 28, 2-4). Bárbaro es el inculto, el rudo (Ez 21,31, según la traducción griega de la Biblia de los LXX; 2 Mac 5,22; 10,4; 15,2). A su vez los judíos aplican el calificativo de bárbaro a los no judíos, como puede observarse en escritores judíos como Flavio Josefo y Filón<sup>2</sup>. De esta forma

<sup>2</sup> Cf. 2Mac 2,21; Rom 1,16; se contraponen el judío y el bárbaro «gentil»; también Rom 3, 29; 9,24; Gál 2,7; Rom 1,14: «Yo me debo tanto a griegos como a bárbaros», escribe san Pablo.

para los judíos los griegos son bárbaros, desde una perspectiva religiosa<sup>3</sup>. La significación ontológico-lingüística del concepto de bárbaro es patente. Incluso en la lengua castellana poseemos otro concepto para designar al que habla mal: el «barbarismo», que es un vicio del lenguaje que consiste en pronunciar o escribir mal (hetero-grafía versus orto-grafía) determinadas palabras. Aunque no olvidemos que con la lengua no sólo pueden decirse barbarismos, sino también barbaridades.

Los griegos denominaban «bárbaros» a todos los que vivían fuera de su *polis* y de su cultura, y, en general, a todos los que no hablaban el griego. A los «bárbaros» germánicos, nortños, ¡a los europeos!, les denominaban «hiperbóreos»<sup>4</sup>. De modo semejante los romanos, herederos de buena parte de la «civilización» griega, aplicaron el adjetivo «bárbaro» como una especie de arma arrojadiza contra los pueblos que habitaban fuera de las fronteras de su imperio mediterráneo.

Un ilustre filósofo mexicano, Leopoldo Zea, ha escrito unas insuperables palabras en este sentido. Permítasenos citar un largo párrafo donde describe la estructura de dominación que subyace en la calificación de «bárbaro» por parte de la filosofía griega. Tomando como ejemplo la consideración de la percepción de un bosque y un árbol, escribe:

«El problema es que el hombre, el hombre concreto, este o aquel hombre, al tomar conciencia de su relación con los otros hombres, con sus semejantes, hace de esta su toma de conciencia la única y exclusiva posibilidad de existencia del bosque. El bosque, que él ve como la única posibilidad de existencia, del bosque y de sus árboles. Olvida que él es árbol y se considera bosque. Es el bosque ordenado y concebido de acuerdo con su propia y exclusiva visión, lo que implica a su vez el acuerdo de esta visión con sus no menos peculiares intereses. Lo que él ve y considera que es el bosque resulta ser lo justo y verdadero. En cambio, lo visto y considerado por los otros hombres es lo inadecuado y falso. Cualquier visión que no se adecue a la suya será falsa y, por ello, cualquier expresión verbal de la misma, bárbara. Bárbara de lo bárbaro en su sentido original, esto es, balbuceo de la verdad, del *logos* que no se posee. Bárbaro será entonces el que no posee la verdad y con ella la palabra que la expresa. Bárbaro o

<sup>3</sup> H. Haag - A. Van den Born - S. de Aulsebrook, *Diccionario de la Biblia*, Herder, Barcelona<sup>8</sup>1981, col. 205. Otros significativos textos bíblicos son estos: «No verás ya al pueblo desvergonzado, al pueblo que habla impenetrable al oído; de lenguaje bárbaro, ininteligible» (Is 33,19). En san Pablo encontramos explícita la idea del bárbaro como el que balbucea y no entiende una lengua, cuando dice: «Si yo, pues, desconociera la significación del sonido, seré para el que me habla un bárbaro, y el que me habla, un bárbaro para mí» (1Cor 14,11). Aquí es patente que la «barbarie» puede ser recíproca, cuando no es aplicada de modo prepotente a uno de los términos de la comunicación.

<sup>4</sup> Cf. G. Fraile - T. Urdániz, *Historia de la Filosofía*, BAC, Madrid<sup>4</sup>1986, vol. II (1.º), p. 235.

balbucente, frente a quien se dice dueño de esa verdad y, con ella, de la única palabra que puede expresarla. El dueño exclusivo de la verdad-palabra, dueño a su vez del poder que ha de afirmarla contra quien pretende subvertirla, esto es, alterarla. El supuesto y exclusivo poseedor de la visión total del bosque como centro, a su vez, de todo orden que se derive del conocimiento del bosque. Ya entre los griegos se afirmaba: "Quien conoce el orden del universo conoce también el orden propio de los hombres". De allí la propuesta platónica de que los filósofos fuesen reyes, o los reyes filósofos»<sup>5</sup>.

De esta forma el griego, hacedor de la reflexión que está mediatizada por el lenguaje, se ha apoderado del *logos*, que es la expresión del «orden». Cualquiera expresión que no sea griega será considerada bárbara por el griego, el «dueño» o «inventor» del *logos* que comprende el ser. No se les ocurre pensar que los bárbaros difícilmente podrán expresarse en un *logos* que no les es propio. «*Los otros son los mal hablantes, y por tanto*» (...) «*han de ser sometidos*»<sup>6</sup>, dice Zea. Para los poseedores del *logos* los no griegos, los *otros*, eran entes, cosas, objetos al margen del «sentido»; y esto hasta el punto de que su misma humanidad era puesta en entredicho:

«Porque el bárbaro está "afuera", no es para el griego, que es la civilización y no la barbarie. Ahora comprendemos el estatuto ontológico de las colonias, y al mismo tiempo América Latina cobra un sentido con respecto a Europa, EE.UU. o Rusia. Y somos ya todos nosotros. Lo que está "afuera" del ser no es nada. "En mi ignorancia sé que nada valgo" (Martín Fierro). Pero ¿quién le enseñó a Martín Fierro que nada vale? Los que dominan la totalidad. Si Fierro descubre un día que vale algo, entonces, comienza la guerra. O Martín Fierro vuelve a "valer nada" o, si vale algo, si tiene conciencia de su valer, o matan a Fierro o Fierro mata al comisario. En la totalidad no hay otra solución»<sup>7</sup>.

5 L. Zea, *Discurso desde la marginación y la barbarie*, Anthropos, Barcelona 1988, p. 20. Ya en su obra *América en la historia* (FCE, México 1957), Zea se propuso situar la historia de América Latina dentro del contexto de la historia universal en referencia al «centro» planetario, que sitúa en el mundo occidental. Y frente a tal centro situaba a los pueblos «marginados» (adjetivo menos beligerante que el de «oprimidos»), donde incluye a América Latina, Asia y África (Zea olvida a Oceanía, que parece estar, en este mismo sentido, «fuera de la historia»). Incluso concibe al margen de Europa, el «centro», a pueblos integrantes de Europa, pero «marginados» de la misma, como España y Rusia. En la actualidad Zea considera que el centro se ha desplazado de Europa a Estados Unidos de Norteamérica, cosa que parece evidente. Lo que desarrolla en su obra *Discurso...* es esta marginalidad de Rusia y España, más que la de América Latina.

6 *Ibid.*, p. 21.

7 E. Dussel, 'Para una fundamentación filosófica de la liberación latinoamericana', en: E. Dussel - D. E. Guillot, *Emmanuel Levinas y la liberación latinoamericana*, Bonum, Buenos Aires 1975, p. 28.

La única posibilidad que quedaba a los bárbaros de ser considerados como personas, era que se asimilaran <sup>8</sup> (ser «similar», es ser semejante, lo que a menudo significa, en la práctica, ser asumido en el interior de lo «mismo» en el sentido levinasiano) a la cultura griega: «La influencia intelectual de los bárbaros se sintió en el mundo helenístico sólo en la medida en que ellos eran capaces de expresarse en griego. Ningún griego leyó los Upanishad, los Gathas y los libros de sabiduría egipcia», escribe A. Momigliano <sup>9</sup>. La misma estructura de superioridad la tuvieron, como hemos indicado, los judíos, que permanecieron siempre convencidos de la superioridad de su elección divina, así como de sus creencias y sus formas de vida, y lucharon por ellas. De forma que también podemos observar que existe una especie de «imperialismo» del judaísmo (como de los griegos y romanos, insistimos) sobre los demás pueblos, aunque ellos se mantuvieron, sobre todo en el plano religioso, impermeables en buena medida a una tal «asimilación», siendo esto un ejemplo no fácilmente extrapolable a muchas otras culturas, quizá a la práctica totalidad de ellas.

Por su parte, para el romano, siguiendo la estela del griego, los bárbaros eran aquellos que habitaban fuera de las fronteras de su dominio, los que estaban «fuera de la ley», en el sentido de «fuera del derecho romano», del orden de la República, de la «civitas» donde habitaban los hombres por excelencia <sup>10</sup>.

8 Recordemos lo que manifestara en 1912 el presidente de EE.UU. de Norteamérica, F. D. Roosevelt (1882-1945), del partido demócrata: «Mientras los países latinoamericanos sigan siendo católicos su asimilación a los Estados Unidos será larga y difícil»: Cf. M. Moreno Villa, 'Las sectas: un síntoma de nuestros tiempos', en: *Abaco* (Cieza, Murcia), n. 12 (1991), p. 35.

9 *La sabiduría de los bárbaros. Los límites de la helenización*, FCE, México 1988, p. 21. En la página anterior había escrito: «La civilización helenística continuó siendo griega en cuanto al lenguaje, las costumbres y, sobre todo, a la conciencia de sí misma. Tácitamente Alejandría y Antioquia daban por sentada, tanto como Atenas, la superioridad de la lengua y los modales griegos». Lamentablemente Momigliano no saca las consecuencias «dominadoras» de lo que ha escrito. Los dominados por el imperio helenístico (lo mismo ocurrirá con el romano, el español o el británico, como ejemplos) no sólo dejan de lado su propia lengua, sus costumbres, sino hasta propia conciencia de su alteridad originaria al hacer «suya» la conciencia de Grecia. Esto es el cenit de la alienación humana: la heteroasimilación en una totalidad sistemática cultural. Lo mismo podemos decir de su propia religión: «los bárbaros no sólo aceptaron dioses griegos, sino que *asimilaron* muchos de sus propios dioses a los dioses griegos» (p. 21; la cursiva es nuestra).

10 En relación al «sistema vigente», tanto el actual como el griego, el romano y cualquier otro tipo de imperialismo cultural y de otras indoles, Dussel señala que fuera del mismo «se encuentra todo un ámbito que es juzgado por la totalidad opresora como inculto, miserable, no diseñado. En el orden internacional es, metafísicamente, lo considerado por la cultura imperial como barbarie (...); en el orden nacional es lo considerado por la cultura ilustrada como vulgar, popular»: E. Dussel, *Filosofía de la Liberación*, La Aurora, Buenos Aires 1987, 4.3.6.6 (Original de 1977). Esto significa que existe, en la periferia latinoamericana (y en cualquier otra periferia e incluso en el mismo «centro») una especie de «meta-barbarie», en el sentido de una barbarie intra bárbara. Así la burguesía nacional de muchos países latinoamericanos (y de otros países y continentes) son considerados por la cultura «verdadera» del centro, como bárbaros; y éstos, a su vez, consideran a lo popular como bárbaro; folclórico como mucho. Y este esquema podría ser todavía más desarrollado: dentro de cada provincia, población, de cada clase (subclases dentro de una clase), etc.

Pero al ser «invadidos» por los bárbaros los romanos, los bárbaros del norte, «germánicos» y demás, se convierten en el «centro» del nuevo imperio; son ahora los poseedores de la civilización que sostienen con el poder político, militar, económico, etc. Y arrojan el adjetivo de «bárbaro» a todos los que no participan de su imperio, a los que no pueden dominar dentro de sus propias fronteras<sup>11</sup>. Los pueblos dominantes están destinados a dominar sobre los bárbaros, con el fin de «civilizarlos»<sup>12</sup>, pues no son una copia de sus dominadores, esto es, no están dentro del «orden», del «logos», del «ser». ¿No es esta la misma estructura cultural que dominaba en las mentes de los españoles que «descubrieron» y «conquistaron» América y la que preside, por ejemplo, el sistema hegeliano?

Por lo escrito hasta ahora alguien podría pensar que estaríamos autorizados a satanizar la filosofía (Athenas), la religión (Jerusalén) y el derecho (Roma). Pero no estamos autorizados para ello, aunque sí hemos de estar prevenidos para evitar el fetichismo dogmático: el de la filosofía orgullosa, una religión de dominación y un derecho opresor y justificador del desorden establecido. Este fetichismo estimamos que sí es fácilmente constatable en la historia.

## 2. Más allá de lo dicho

Es necesario constatar que no estamos simplemente ante un problema de «lenguaje», de «in-comprensión» lingüística, como parece sostener, por ejemplo, Tzvetan Todorov<sup>13</sup>, sino ante una verdadera estructura de opresión. Así, los

11 Desde una perspectiva de las relaciones desiguales «Norte-Sur», puede verse el interesante análisis de la barbarie que realiza Jean Christophe Rufin, *El Imperio y los nuevos bárbaros. El abismo del tercer mundo*, Rialp, Madrid 1992.

12 Recordemos que en el «Manifiesto del Partido Comunista», se refieren Marx y Engels —hijos, por otra parte de su tiempo y todavía «europeos»— a «los bárbaros» como seres «fanáticamente hostiles». Y califican a la India, China, Argelia y a Turquía como «las naciones bárbaras o semibárbaras» contrapuestas a «las naciones civilizadas»: K. Marx - F. Engels, *Manifiesto del Partido Comunista*, ISCO (Impresiones Sociedad Cooperativa), s/l, s/f, p. 8. En otro lugar Marx escribe en 1853, cuando todavía no vislumbra lo suficientemente la fuerza del imperialismo: «Inglaterra tiene que cumplir en la India una doble misión: destructora por un lado y regeneradora por otro. Tiene que destruir la vieja sociedad asiática y sentar las bases materiales de la sociedad occidental en Asia»: K. Marx, *Obras escogidas*, I, p. 358 (citado «sic» por: J. A. Ramos, *El marxismo de Indias*, Planeta, Barcelona 1973, p. 215).

13 En su obra *La Conquista de América. El problema del otro* (Siglo XXI, México 1989), aunque tiene por objetivo realizar una investigación ética, no parece salir de la reflexión sobre los signos, la interpelación y la comunicación. Es, pues, no tanto una interpretación ética cuanto semiótica. Otro tanto acontece en su obra más reciente *Nosotros y los otros. Reflexión sobre la diversidad humana* (Siglo XXI, México 1991), donde el «nosotros» se refiere a los europeos y «los otros» a todos los demás. Tales interpretaciones «irónicas» son necesarias, aunque nos parecen insuficientemente críticas acerca de las estructuras de estricta opresión que se establecen en

romanos, desde una posición de prepotencia que les otorgaba tener el poder político y militar, realizaron una síntesis asimiladora en relación a la cultura griega, intentando, una vez en plena expansión imperial, conservar su propia identidad y sentimiento de superioridad sobre la misma cultura griega, a la que habían «derrotado» política y militarmente. De esta forma ni siquiera les hacía falta aprender el griego, les bastaba con esclavizar a los cultos griegos adueñándose de su saber. En efecto, muchos de los transmisores de la sabiduría, la filosofía, la política, la matemática, etc., griega eran esclavos, ya griegos, ya de otras nacionalidades. De esta forma los bárbaros romanos (no hablaban griego la mayoría de ellos) imponen su dominio sobre los cultos y civilizados griegos (y también egipcios, por ejemplo) para asimilar y hacer suyos la cultura, la poesía, la filosofía e incluso los dioses de Grecia.

Y aquí tenemos una tremenda paradoja en el civilizado Aristóteles, que sostiene como «evidente» que unos hombres «*son naturalmente libres y los otros naturalmente esclavos*»; afirmando sin rubor «*que para estos últimos es la esclavitud tan útil como justa*»<sup>14</sup>. En efecto, Aristóteles es exponente de un modo de vida o producción esclavista, políticamente aristocrática aunque bañada de democracia, que desprecia al comercio, el trabajo manual, y en general, la venta del trabajo por el salario. Para Aristóteles la felicidad se sitúa en la vida contemplativa, que es asimismo la actividad de Dios. Afirma, en efecto, que «la actividad contemplativa es lo más agradable y excelente que existe»<sup>15</sup>. La inteligencia divina, prosigue Aristóteles, «es lo más excelente que existe, piensa en sí misma, y su pensamiento es pensamiento del pensamiento»<sup>16</sup> y no ama otra cosa que no sea a sí mismo; no existe realidad más solipsista. En semejanza «feliz condición» (claramente narcisista) algunos humanos «nos hallamos algunas veces»<sup>17</sup>. De esta manera «para los dioses toda la vida es feliz, y para los hombres lo es en cuanto hay en ellos una actividad parecida a aquélla; pero ninguno de los demás seres vivientes es feliz, porque no participa en modo alguno de la especulación»<sup>18</sup>. El hombre feliz es el «especulador», el dialéctico, es decir, el filósofo. Y desde esta perspectiva Aristóteles no parece encontrar obstáculo entre el hecho de que un *ser sea esclavo* (¿es hombre el esclavo para Aristóteles, o más bien un semi-hombre o una especie de pseudo-anthropos, una especie de ser con mera apariencia humana?) y que sea filósofo o se dedique a tareas intelectuales<sup>19</sup>.

las relaciones humanas expresadas en el lenguaje. En realidad no parece estar muy lejos de los postulados básicos de la «teoría de la acción comunicativa» que se basa en la ética del discurso que propugnan K. O. Apel o J. Habermas.

14 Aristóteles, *Política*, 2; 1252 a 33 ss.

15 Aristóteles, *Metafísica* L 7, 1072b 13-18, 24-30.

16 *Metafísica*, L 9, 1074b 34 ss.

17 *Ibid.*, L 7, 1072b 13-18.

18 Aristóteles, *Ética a Nicómaco*, K 8, 1178b 21-32.

19 En el diálogo platónico del *Menón* Sócrates pregunta a éste sobre uno de sus esclavos: «¿Es heleno y habla griego?». Esta frase es comentada así por A. Pintor Ramos: «la pregunta



La ideología esclavista que el mismo Aristóteles está apoyando le impide ver la realidad e interpretarla; sus prejuicios le impiden ver que un esclavo, que podríamos decir que «ontológicamente» es «menor» que un bárbaro, puede ser un filósofo<sup>20</sup>. Estamos ante un pensamiento que es «ideológico», o más en concreto, ante un pensar filosófico que actúa como encubrimiento de lo real y no como des-cubrimiento.

### 3. El «eurocentrismo» y la Filosofía de la Liberación como filosofía de la «barbarie»

La Filosofía de la Liberación es una filosofía «de la miseria» (recuérdese la expresión de Proudhon), esto es, la reflexión que se sitúa desde el lugar del bárbaro, comprendido como «miserable». Es más, la FL es una filosofía, ella misma, bárbara en sentido estricto para la «mejor filosofía» occidental, civilizada, europea. Uno de sus principales problemas es que está escrita, en su mejor producción, en español. Es decir, no está escrita en alemán, la lengua filosófica por excelencia, ni en inglés, la lengua del actual imperio económico, político y cultural (aunque no estrictamente «filosófico», por el momento). El mismo Dussel se queja de ello, ¡traducido al gallego!: «*Hai vinte anos publiquei unha ética en cinco volumen “en español”, é dicir, ¿está “inédita” para a filosofía do Centro (inglesa, alemana ou francesa)? Cantos malentendidos estarían resoltos se os meus colegas leran estes tomos. Pero como está en “español” jé coma se non estivese publicado!*»<sup>21</sup>.

La egregia y prepotente Europa, «autófaga» de su propia producción filosófica se «autoabastece» de ella misma y difícilmente acepta algo que no salga

tiene sentido porque se trata de un «esclavo» y a Sócrates no le preocupa en absoluto que pueda tener otro medio cultural propio, sino que parece dar por hecho que para el esplendor del pensamiento es suficiente con que hable griego», es decir, con que no sea un bárbaro: 'En las fronteras de la fenomenología: el creacionismo de Lévinas', en *Cuadernos Salmantinos de Filosofía* (Salamanca), XIX (1992), p. 191.

<sup>20</sup> Para Platón, recordémoslo, el filósofo debe coincidir con el gobernante (*República*, 532e-535a). En la alegoría de la caverna podemos contemplar el estatuto y la misión del filósofo (*Ibid.*, 514-517d), consistente en liberar a los hombres de la ignorancia de las tinieblas y de las sombras, hasta llevarles a la contemplación del mundo de las Ideas, iluminado por el Sol de la Idea de Bien. Tal misión para Aristóteles sólo la puede ejercer adecuadamente un filósofo que sea a la vez gobernante, destinado a la eternidad, para poder dirigir a los demás hombres. Pues bien, en este sentido, ¿qué estatuto ontológico tiene un esclavo filósofo para Platón? Tanto para éste como para su discípulo, Aristóteles, lo pre-temático, lo pre-filosófico ejerce una influencia tan grande que les imposibilitan para captar el hecho de que un esclavo, un alienado de su libertad, un dominado, un bárbaro, pueda ser filósofo.

<sup>21</sup> E. Dussel, 'Unha filosofía nos tempos da cólera, orixe e desenvolvemento dunha filosofía da liberación (1959-1991)', en: VV.AA., *América Latina. Entre a realidade e a utopía*, Xerais, Vigo 1992, p. 95, n. 27.

de su seno. Ello es fácilmente perceptible, por ejemplo, en la inmensa mayoría de los autores alemanes contemporáneos, que citan bibliografía que está casi exclusivamente escrita en alemán y por alemanes. ¿Acaso puede salir algo bueno de la periferia, de «afuera»? Con todo, lo más terrible es observar que la inmensa mayoría de filósofos latinoamericanos (y ello vale en buena medida también para Dussel) citan bibliografía en idiomas europeos, siendo el español minoritario en ello. Esto significa que la misma periferia está persuadida de la «superioridad» del pensamiento del centro. Y en nuestro país, ya se sabe: si quieres ser alguien en filosofía, tienes que ir a estudiar a Alemania, dicen los más sesudos.

El eurocentrismo no es una moda, pues dura ya más de quinientos años (al menos desde el punto de vista de los empobrecidos de la tierra, de las personas del Sur) y más de dos mil quinientos años desde la perspectiva de la filosofía griega. Europa es la heredera de las tradiciones griegas y romanas, aunque sus raíces también hay que buscarlas en el semitismo (judaísmo, cristianismo e islamismo), aunque algunos lo olviden. Las excelencias de Europa como lugar de la civilización han sido cantadas por multitud de autores, tanto europeos como foráneos <sup>22</sup>. Valga un texto para probarlo:

«Aunque Europa sea la menor de las tres partes de nuestro continente, tiene, sin embargo, una ventaja que la hace preferible a las otras. El aire es extremadamente temperado —evidentemente se excluyen los países del Norte y Este de Europa— y las provincias muy fértiles (...) Ella sobresale por sus bienes y sus pueblos, que son ordinariamente mansos, honestos, civilizados y muy dados a la ciencia y las artes (...) Los pueblos de Europa, por su educación y su valentía, han *dominado* a las otras partes del mundo. Su espíritu aparece en sus obras, su sabiduría en sus gobiernos, su fuerza en sus armas, su conducta en su comercio y su magnificencia en sus ciudades. Europa sobrepasa así en todo a las otras partes del mundo (...)» <sup>23</sup>.

Este «nuestro» es lo europeo, lo civilizado, el mayor exponente de la cristiandad; los «otros» son los bárbaros, que no disponen ni de la ciencia ni del arte, que son los grandes frutos de la civilización y el progreso humano. El mismo Duchesne, que analiza con detalle todos los artículos del referido *Dictionnaire*, indica que «no solamente el sentido *del otro* en tanto que otro nunca aparece en Moreri y sus lectores, sino que, por el contrario, por medio del colonialismo, el sueño se aproxima a la realidad: alcanzar a hacer coextensiva a

<sup>22</sup> Aunque también otros pensadores han afirmado que «las naciones europeas están enfermas, Europa misma (...) está enferma»: E. Husserl, 'Die Krisis des europäischen Menschentums und die Philosophien', en: *Die Krisis der europäischen Wissenschaften*, Husserliana VI, Nijhoff, Haag 1962, p. 315. El texto pertenece a una conferencia de 1935.

<sup>23</sup> L. Moreri, 'Europen', en: *Grand Dictionnaire Historique*, Provence, edición del autor, 1643. Citado por B. Duchesne, 'Un exemple d'univers mental au XVIII<sup>e</sup> siècle', en: *Civilization chrétienne*, ENEA, Beauchesne (Paris), pp. 29-30.

toda la tierra el *nosotros* (*chez nous*), y así uniformizar el mapamundi bajo los colores de la Europa cristiana»<sup>24</sup>. A nosotros nos parece evidente esta postura de Moreri, y de otros muchos, aunque consideramos que es un poco exagerado decir que también «sus lectores» participan de esta ideología. Aunque si bien no eran *todos* partícipes de ella (cosa imposible de demostrar), en todo caso sí refleja la realidad de eurocentrismo de esa época y también el «norte-centrismo» de la nuestra.

#### 4. El «natanaelismo» de la barbarie o el autoconvencimiento de la propia indignidad

Discúlpenos por utilizar un neologismo que suena a barbarismo. Lo que queremos indicar en lo que a continuación sigue es una idea que encontramos en el evangelio de san Juan (1,46) cuando Natanael (el apóstol Bartolomé) pregunta ante la insistencia del apóstol Felipe en que ha encontrado al Mesías: «¿De Nazareth puede salir algo bueno?». Lo realmente llamativo es que si bien Nazareth es de la región de Galilea (donde vivió Jesús), ¡también Natanael es de Galilea, en concreto de Caná! (Jn 21,2). Eso es como decir: ¿de la barbarie puede salir algo bueno? ¿Puede salir algo bueno de nosotros? Y es que Galilea, que tuvo una mezcla de judíos como «paganos», «bárbaros» y por ello era llamada «de los gentiles», por parte de los judíos «civilizados», «ortodoxos»<sup>25</sup>.

Denominamos «natanaelinismo» a esta situación mental, vital y práxica, de autodependencia, de autosometimiento y autodesprecio, característica de una especie de «complejo de inferioridad», que critica lo propio como malo, como bárbaro<sup>26</sup>. En Latinoamérica se denomina «malinchismo» a esta situación de autopostración. Y curiosamente otro Bartolomé, el sevillano P. de Las Casas, representa la postura contraria: la defensa del «bárbaro», del indio, del oprimido que tanto se echa hoy de menos en Europa.

Desde tal perspectiva no es de extrañar que la opresión se justifique ideológicamente. La violencia, y su correlato «lógico», la guerra, será el siguiente paso, como muestra Lévinas al principio de *Totalidad e Infinito*. Pero es una violencia plagada de ambigüedad (como toda violencia), pues mientras que los soldados de los ejércitos del «centro» civilizado que colonizan y explotan a los países periféricos son considerados en sus respectivas patrias (España, Gran Bretaña, Francia, etc., ahora básicamente los marines de USA) como héroes,

24 *Op. cit.*, p. 44.

25 Isaías 9, 1-2; Mateo 4, 15.

26 El filósofo de la liberación Juan Carlos Scannone ha escrito recientemente: «En América Latina se hizo célebre la contraposición “civilización o barbarie” como encubridora del alienante menosprecio de las culturas propias», en: 'El debate sobre la Modernidad en el mundo nortatlántico y en el tercer mundo', *Concilium* (Estella, Navarra), n. 244 (1992), p. 122.

defensores de la «cristiandad» y de la «civilización», el «orden internacional» y la «racionalidad»; los otros, los bárbaros, los que osan defenderse de tales agresiones serán considerados como rebeldes, terroristas, traidores dignos de ser fusilados. Los que escriben la historia —los vencedores, por lo general— en Europa justificarán esta ideología, del mismo modo que los diferentes fundamentalismos religiosos han justificado, desde perspectivas «cristianas», «musulmanas» o de cualquier otro tipo, las diferentes «guerras santas» con que la historia nos ha obsequiado.

Vislumbramos entonces que el que domina la cultura, el lenguaje, el *logos*, la razón, la civilización, interpretan la historia desde su propio punto de vista. Buena parte de la historiografía que todavía hoy se enseña en nuestros centros académicos oficiales no es otra cosa que la ideología de los vencedores en letras de imprenta, introyectando a la juventud este encubrimiento de la historia.

Quienes luchaban, valga como ejemplo, en la resistencia francesa contra el imperialismo nazi fueron considerados por los alemanes como terroristas, bárbaros, traidores «al destino de Europa», al glorioso *Geist* europeo. Hoy los que escriben la historia —y menos mal— son los libertadores de la civilización europea. Asimismo, los panameños (o los habitantes de la isla de *Granada*, en el Caribe) que se opusieron a la invasión de los todopoderosos marines *USA* eran considerados bárbaros, criminales, traidores al Imperio del «orden internacional». «Desorden» internacional impuesto por el único imperio que resta en el final del siglo *XX*. Ese imperio que ayudó al dictador nicaragüense Anastasio Somoza a eliminar al guerrillero «bárbaro» Augusto César Sandino. Imperio que derrocó al demócrata Jacobo Arbenz en Guatemala (en 1954), que eliminó de un golpe la democracia uruguaya para frenar al movimiento tupamaro; imperio que con el poder de la «inteligencia» (de la CIA) y del poder económico (como el de la multinacional ITT), ayudó al dictador Pinochet, en 1973, a asesinar a Salvador Allende y que acabó con la democracia chilena. Imperio, en fin, que considera al Sur como su escombrera o su despensa, dependiendo de sus propios intereses. ¿Cómo puede venir de un *imperio* un orden internacional justo? Todo orden impuesto (o incluso pro-puesto) por un imperio, siempre, al menos hasta ahora y mientras no se demuestre lo contrario, se ha impuesto a él mismo, a costa del otro, sea este otro un país, una cultura, o una persona.

Podríamos fácilmente describir otras situaciones, pero no nos parece necesario si estamos despiertos, pues esto es una constante en toda la historia de la humanidad. Será preciso, como movimiento destructor de toda ideología imperialista, que se escuche de una vez la voz de los vencidos, de los bárbaros, los derrotados, los traidores al sistema del imperio de turno. Justo esto quiere ser la Filosofía de la Liberación. Y por esto nosotros concebimos la Filosofía de la Liberación como una «*meta-física desde el reverso del ser*», pues el reverso (lo que está en la otra cara del ser, su contrario) es la *nada*, el *no-ser*, aquél al que no ha llegado la luz del *logos*; los excluidos de la historia de la civilización. Asumimos como nuestras las palabras de Dussel en este sentido: «La “dignidad”

le es intrínseca al hombre por ser persona humana; la persona es lo más digno entre las criaturas. Sin embargo, *en toda la historia todos los sistemas de dominación* han quitado “dignidad” a todos aquellos que son los dominados “dentro” del sistema o los enemigos, los *bárbaros*, los *goim*, los “sin sentido”, los “fuera” del sistema: el *no ser*. En la “exterioridad” del sistema reina la noche de la “civilización”, la masa informe peligro inminente (*sic*), lo demoníaco para el sistema»<sup>27</sup>.

Pero lo más «sangrante» de este asunto lo observamos cuando los mismos «bárbaros» (desde la civilización del centro), introyectando y asumiendo la ideología del imperio, reniegan de su propio ser, de su «barbarie», ¡de su dignidad propia!, sirviendo como apologetas a sus propios opresores. Son los sustentadores del «natanaelismo». Es este sentido manifiesta lúcidamente Dussel que «el pueblo solo no puede liberarse», ya que «el sistema le ha introyectado la cultura de masas, lo peor del sistema»<sup>28</sup>. Y considera que para conseguir esa liberación será necesaria la actuación del «intelectual orgánico» (FL 3.3.8.1), con la ayuda de «los grupos críticos, de las comunidades o partidos críticos» como condición «indispensable para que un pueblo cobre —*ni siquiera re-cobre, pues es posible que nunca la haya tenido*— dicha conciencia y discerna lo peor que tiene en sí», así como «lo mejor que ya es desde antiguo»: su propia dignidad, su exterioridad, su alteridad (FL 3.3.8.4)<sup>29</sup>. Esta afirmación de lo propio (como «exterioridad»), aunque «coyunturalmente» como «afirmación de la cultura nacional es una posición liberadora ante la cultura imperial» (FL 3.3.8.2).

Los mayores enemigos de la liberación de un pueblo quizá son los *interiores*, los «natanaelitas», es decir, los mismos «bárbaros» que renuncian a su barbarie (como «lo propio», aunque son «bárbaros» no en sí mismos sino para el sistema de la «civilización»), convirtiéndose en defensores de sus opresores, o al menos de su ideología<sup>30</sup>.

27 E. Dussel, 'La Cristiandad moderna ante el otro. Del indio «rudo» al «bon sauvage»', en: *Concilium* (Madrid), 150 (1979), p. 498.

28 E. Dussel, *Filosofía de la Liberación*, op. cit., núm. 3.3.8.4. Citamos en el texto como FL.

29 Y obsérvense las limitaciones de los vocablos levinasianos de «exterioridad» y «alteridad», pues se prestan a ser entendidos como «a la contra», esto es, en referencia a aquellos para quienes son «exteriores» u «otros», más que por su *propia e intrínseca* dignidad, por su «mismidad», que diría Xavier Zubiri.

30 Osvaldo Ardiles, un filósofo de la liberación de la primera hora indica que «la ideología liberal-ilustrada obtendrá su máxima concreción sociocultural con la siniestra dicotomía entre “civilización” y “barbarie”. La voluntad de dominio se concreta, en esta nueva etapa de carácter portuario-fenicio, en un anhelo arribista de “tener” y “ser-como”. Frente a ella, se levanta indomable, en una nueva fase de su lucha, la voluntad irrefrenable de ser que aguijonea a nuestra masas populares en el curso de su sufrida resistencia»: O. Ardiles, 'Bases para una de-structión de la historia de la filosofía en América indo-ibérica. Prolegómenos para una Filosofía de la Liberación', en: VV.AA., *Hacia una Filosofía de la Liberación Latinoamericana*, Bonum, Buenos Aires 1973, p. 17.

## 5. *Violencia y barbarie*

La filosofía de la barbarie, esto es, para nosotros, la Filosofía de la Liberación en tanto que parte de la persona «exterior», del Otro del sistema de la civilización, desde *el reverso del ser*, de *la nada* para el logos comprensor occidental, no deberá olvidar que todo hombre es digno de seguir siéndolo. Y que la asimilación es también una forma de destrucción. Cada hombre, cada cultura, cada pueblo, tiene derecho a ser lo que quiera labrar con su existencia y posee todo el derecho a que se le deje hacerlo. La distinción de personas, de culturas, de pueblos, es riqueza para la humanidad. La alteridad es riqueza, es plenitud y complementariedad de humanidad; el otro no es enemigo, sino que es «una maravilla», como gusta decir a Lévinas<sup>31</sup>. El peculiar modo de ser de cada cual deberá ser respetado por su propia dignidad. La auténtica barbarie es olvidar eso. Por esto muchas de las mayores atrocidades de la historia de la humanidad han sido realizadas por los pueblos «civilizados», ya sea en nombre del «hombre», del superhombre, de Dios, de la cultura, del pueblo, de la nación, del imperio... La civilización occidental ha mostrado su auténtica barbarie cuando ha olvidado la alteridad y la dignidad del Otro. No sin razón alguien pudo decir: «*Tú eres la civilización: me causas asco. Y me acordé de las ciudades que en América y Europa tengo todavía que ver, y suspiré por mis campos y mi soledad*»<sup>32</sup>. Recordemos que Gandhi consideraba que la «civilización» y el mismo «progreso» occidental deberían desaparecer de la India, en tanto que causaba la opresión y el sufrimiento de su pueblo. Y respondió con la no violencia de la «barbarie» a la violencia de la «civilización». Los pueblos que se consideran civilizados deberían aprender en esto de los que denominan bárbaros.

Para la violencia de la civilización la fórmula parece ser: «violencia contra barbarie», sin darse cuenta el supuesto poseedor de la verdad que él mismo es un bárbaro, en su peor sentido, cuando se fetichiza a sí mismo y su cultura. Mucha barbarie llegó a América desde la civilizada europa. En 1973 un periodista escribía en Argentina: «El país necesita montar tres sistemas de enseñanza, enteramente especializados y diferentes entre sí: El primero, para los argentinos que hacen la vida civilizada. El segundo, para los bárbaros del desierto —*el gaucho*— que se quieren atraer a la civilización democrática del país. El tercero, para los bárbaros que importamos de Europa»<sup>33</sup>. Los bárbaros desconocedores de su «barbarie» moral, instalados en el logos y el sentido, en la

31 «La exterioridad no es una negación, sino más bien una maravilla»: E. Lévinas, *Totalité et Infini. Essai sur l'exteriorité*, Nijhoff, La Haya 1968, p. 269.

32 E. M. Hostos, 'La peregrinación de Bayoán', en *Obras Completas*, La Habana 1939, p. 63.

33 N. Oroño, 'Informe sobre el estado de las colonias en 1873', en *Documentos 1825-1890*, Panedilla, Buenos Aires 1970; citado por M. Rojas Mix, *Los cien nombres de América. Eso que descubrió Colón*, Lumen, Barcelona 1991, p. 104.

razón, son temibles. Formados en los mejores centros universitarios europeos resultan etnocidas para sus propios países de origen. Ellos son hoy los mayores «natanaelitas», «bárbaros» de América que olvidan sus señas de identidad para asimilarse a la «civilización» occidental, olvidando que así no pasarán de ser marionetas y cacatúas del centro que manipulan ideológicamente a sus paisanos. Éstos no merecen el nombre de filósofos, pues no están apasionados en conocer la verdad. Más bien repiten las ideas de otros para ganarse un poco de pan y un dudoso prestigio; son sofistas:

«La élite europea se dedicó a fabricar una élite indígena; se seleccionaron adolescentes, se les marcó en la frente, con hierro candente, los principios de la cultura occidental, se les introdujeron en la boca mordazas sonoras, grandes palabras pastosas que se adherían a los dientes; tras una breve estancia en la metrópoli se les regresaba a su país, falsificados. Esas mentiras vivientes no tenían ya nada que decir a sus hermanos; eran un eco; desde París, Londres, Amsterdam nosotros lanzábamos palabras: «¡Partenón! ¡Fraternidad! y en alguna parte, en África, en Asia, otros labios se abrían; «¡...tenón! ¡...nidad!»<sup>34</sup>.

Quizás la peor clase de violencia sea la ideológica, pues posibilita teóricamente la violencia física y, lo que es peor, le confiere «racionalidad», legitimidad, «lógica» e incluso «moralidad» en orden a fines supuestamente mayores. La desaparición del otro aparece como algo necesario; como poco, un mal menor.

Para Dussel el pensamiento occidental, opresor del ser por apropiación, desde la «violencia de la luz»<sup>35</sup>, pretende convertir al Otro en nada y así nuestro pensador manifiesta que «*el pensar que se refugia en el centro termina por pensarlo como la única realidad. Fuera de sus fronteras está el no-ser, la nada, la barbarie, el sin-sentido. El ser es el fundamento mismo del sistema o la totalidad de sentido de la cultura y el mundo del hombre del centro*» (FL, 1.1.4.1). Un filósofo español, narrando la fenomenología del «encuentro» primero entre Colón y los indios (que tan certeramente describe Tzvetan Todorov), en referencia al «ser-asiático de las nuevas tierras», manifiesta que de este ser asiático «se pasa después a no ser-nada, pues no se sabe lo que las nuevas tierras son, y se llega al ser-americano de las mismas, si bien se desconoce lo que dicho ser-americano pueda todavía albergar»<sup>36</sup>. Percatémonos de

34 J. P. Sartre, 'Prefacio' en: F. Fanon, *Los condenados de la tierra*, FCE, México, (8.ª reimp.) 1986, p. 7. Fanon concluye su obra afirmando (p. 292): «Por Europa, por nosotros mismos y por la humanidad, compañeros, hay que cambiar de piel, desarrollar un pensamiento nuevo, tratar de crear un hombre nuevo».

35 Sobre esto puede consultarse: J. Derrida, 'Violencia y metafísica. Ensayo sobre el pensamiento de Emmanuel Lévinas', en *La escritura y la diferencia*, Anthropos, Barcelona 1989, pp. 115-125.

36 J. L. Abellán, *La Idea de América. Origen y evolución*, Ediciones Istmo, Madrid 1972, p. 38.

que quien no sabe lo que América es, es el europeo Colón; como él no lo sabe, sencillamente parece no saberse, en absoluto. Tras esto el mismo autor, desde su propio eurocentrismo manifiesta:

«Está claro que la determinación del ser de América sólo puede hacerse cuando se estudie América como entidad histórica, puesto que, al conformarse su ser a lo largo de una evolución en el tiempo, ser e historia se confunden. Ahora bien, tengamos en cuenta que Europa representa frente a América un estadio avanzado en el devenir histórico —*he aquí la tesis «clásica» desde la ideología de la opresión europea, cuyo ideólogo máximo es Hegel*—. Desde este punto de vista, Europa asume el sentido de la historia. Se trata de hacer de América otra Europa, como modelo concreto a que aspira a ser el americano»<sup>37</sup>.

De esta forma este filósofo hispano, recapitulando la ideología de la dominación europea no sólo señala y tiene «claro» que América tiene que «conformarse su ser», sino que presenta tal proyecto como la «aspiración» de los mismos americanos, elevando la dominación a autopostración supina. Será necesario elevar la voz frente a esta ideología de la dominación.

MARIANO MORENO VILLA

37 *Ibid.*